

LA HISTORIA DE DAY Y JUNE SE CIERRA AL FIN.  
¿SE CERRARÁN TAMBIÉN SUS HERIDAS?



# CHAMPION

MARIE LU

Dirección editorial: Elsa Aguiar  
Coordinación editorial: Xohana Bastida  
Traducción: Ana H. de Deza

Título original: «Champion»

Publicado originalmente en EE UU por G.P. Putnam's Sons,  
una división de Penguin Young Reader's Group  
(miembro de Penguin Group USA Inc.).

Todos los derechos reservados,  
incluido el derecho de reproducción total o parcial  
en cualquier medio.

© Xiwei Lu, 2014  
© de esta edición en castellano:  
Ediciones SM, 2014  
Impresores, 2  
Urbanización Prado del Espino  
28660 Boadilla del Monte (Madrid)  
[www.grupo-sm.com](http://www.grupo-sm.com)

#### ATENCIÓN AL CLIENTE

Tel.: 902 121 323  
Fax: 902 241 222  
e-mail: [clientes@grupo-sm.com](mailto:clientes@grupo-sm.com)

Cualquier forma de reproducción, distribución,  
comunicación pública o transformación de esta obra  
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,  
salvo excepción prevista por la Ley. Dirijase a CEDRO  
(Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org))  
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

A mis lectores.



San Francisco, California

REPÚBLICA DE AMÉRICA

POBLACIÓN: 24.646.320



# DAY

De todos los disfraces que he utilizado, creo que este es mi favorito.

Pelo teñido de rojo oscuro, muy distinto de mi color rubio platino, cortado un poco por debajo de los hombros y recogido en una coleta. Lentillas verdes que parecen naturales para ocultar mis iris azules. Camisa con un faldón metido por dentro y otro por fuera, con diminutos botones plateados que relucen en la oscuridad. Guerrera fina, pantalones negros, botas con punta de acero, una gruesa bufanda gris que me tapa la boca y gorra militar oscura. Me he pintado un diseño rojo en la cara que cubre la mitad izquierda y me hace irreconocible. Además, llevo el auricular y el micrófono. La República insiste en que lo haga siempre.

En la mayoría de los sitios, el enorme dibujo de mi cara atraería muchas más miradas de lo normal; no es precisamente sutil, he

de admitirlo. Pero aquí, en San Francisco, me ayuda a camuflarme entre la multitud. Cuando llegué con Eden hace ocho meses, descubrí que estaba de moda entre los jóvenes pintarse diseños rojos y negros en la cara: algunos pequeños y delicados, como sellos de la República estampados en las sienes; otros gigantescos, con la forma de todo el territorio de la nación. Esta noche he escogido un diseño neutro, porque no me siento tan vinculado a la República como para llevar mi lealtad impresa en la cara. Eso se lo dejo a June. Mi dibujo reproduce unas llamas estilizadas: basta y sobra.

No puedo dormir, así que he salido a dar una vuelta por el sector Marina de San Francisco. Es el equivalente al sector Lake de Los Ángeles, pero con más desniveles. La noche es fresca y todo parece tranquilo. Una brisa suave sopla desde el puerto y cae una llovizna ligera. Las calles, estrechas y llenas de baches, brillan por la humedad. Los edificios, la mayoría tan altos que se pierden entre las nubes bajas, son de un estilo ecléctico y están pintados de colores que se han ido desvaneciendo: rojo, dorado y negro. Tienen enormes contrafuertes de acero para mitigar los efectos de los terremotos que se producen más o menos cada dos meses. Las pantallas gigantes, de cinco o seis pisos de alto, retransmiten el habitual bombardeo de noticias de la República. El aire huele amargo y salado —humo y residuos industriales mezclados con agua marina—, y hay un leve tufo a pescado frito. A veces, al doblar una esquina, me encuentro de pronto tan cerca del borde del agua que me mojo las botas. La tierra desciende en pendiente hasta la costa; más allá sobresalen cientos de edificios medio sumergidos. Al mirar hacia el puerto se divisan las ruinas del Golden Gate, restos retorcidos del viejo puente que se elevan en la orilla opuesta.

De vez en cuando me cruzo con algunas personas, pero la mayor parte de la gente está durmiendo. Veo el resplandor de algunas



hogueras dispersas por los callejones: sitios de reunión para los vagabundos del sector. No, esto no es muy distinto de Lake.

Bueno, supongo que ahora hay algunas diferencias. El estadio de la Prueba, por ejemplo, está vacío y oscuro. Hay menos policía ciudadana por los sectores pobres. Y también han cambiado las pintadas. Es fácil hacerse una idea de cómo se siente la población a la vista de los grafitis recientes, y últimamente he visto muchos mensajes de apoyo al nuevo Elector de la República. ÉL ES NUESTRA ESPERANZA, dice una pintada en el lateral de un edificio. Otra: EL ELECTOR NOS LIBRARÁ DE LA OSCURIDAD. Demasiado optimistas, en mi opinión, pero supongo que deberían alegrarme: Anden debe de estar haciendo algo bien.

Aun así... De vez en cuando encuentro mensajes distintos: EL ELECTOR ES UN FRAUDE, o LAVADO DE CEREBRO, o EL DAY QUE CONOCÍAMOS HA MUERTO.

No lo sé. A veces siento como si la confianza que existe entre el pueblo y Anden estuviera en un constante tira y afloja... y la cuerda fuera yo. Además, es posible que las pintadas positivas sean falsas y formen parte de la propaganda oficial. ¿Por qué no?

Nunca se sabe con la República.

Eden y yo no vivimos en este sector, evidentemente. Ocupamos un apartamento en la zona rica de San Francisco, en el sector Pacífica. Vivimos junto a Lucy, nuestra cuidadora. Sí, cuidadora: la República se ve en la obligación de «cuidar» de un delincuente juvenil transformado en héroe nacional. Lógico, ¿verdad?

Recuerdo lo mucho que desconfié de Lucy la primera vez que se presentó ante nuestra puerta, en Denver: una chica de veintidós años fuerte y severa, vestida de forma clásica con los colores de la República. «La República me ha asignado el trabajo de cui-

dar de vosotros, chicos», dijo mientras entraba en nuestro piso. Sus ojos se posaron en Eden. «Especialmente del pequeño».

No, aquello no me sentó nada bien. Tardé dos meses en atreverme a dejar de vigilar constantemente a Eden y permitir que se alejara de mi vista. Comíamos juntos, dormíamos juntos... Nunca le dejaba solo. Solo le perdía de vista cuando me quedaba esperándolo ante la puerta del baño, como si los soldados de la República pudieran llevárselo por un conducto de ventilación para meterlo de nuevo en un laboratorio y conectarlo a un montón de máquinas.

—Eden no te necesita —le espeté a Lucy el primer día—. Me tiene a mí: yo me ocupo de él.

Pero después de aquellos dos meses empecé a sufrir problemas de salud. Unos días me encontraba bien; otros, el dolor de cabeza no me dejaba ni siquiera levantarme. En los días malos, Lucy pasó a encargarse de Eden, y después de unos cuantos gritos y peleas llegamos a un armisticio. Y debo reconocer una cosa: Lucy hace unas empanadas de carne impresionantes. En fin, el caso es que cuando nos vinimos a San Francisco, nos acompañó. Ahora atiende a Eden y se encarga de mi medicación.

Al detenerme, cansado de caminar, me doy cuenta de que he salido del sector Marina y estoy en un distrito mucho más acomodado. Me paro ante una discoteca. SALÓN OBSIDIANA, leo en el cartel metálico que hay sobre la puerta. Me apoyo en la pared, me dejo caer y termino acuclillado, con los brazos sobre las rodillas. Noto la vibración de la música y el frío gélido de mi pierna metálica a través de la tela de los pantalones. En la pared que tengo enfrente hay una pintada roja: DAY = TRAIADOR. Suspiro, saco una pitillera de plata y extraigo un cigarrillo largo. Paso un dedo por el texto impreso en el papel: HOSPITAL CEN-

TRAL DE SAN FRANCISCO. Cigarrillos con receta. Me lo pongo entre los labios con dedos temblorosos y lo enciendo. Cierro los ojos. Aspiro y me pierdo entre las nubes de humo azulado, esperando a que me envuelva el dulce sopor alucinógeno.

No tarda mucho en llegar. Mi migraña constante y sorda desaparece, y el paisaje que me rodea adquiere un borroso resplandor que no se debe a la lluvia. Hay una chica sentada a mi lado. Es Tess.

Me dedica una de aquellas sonrisas que tan familiares me resultaban cuando los dos sobrevivíamos en las calles de Lake.

—¿Alguna noticia en las pantallas? —me pregunta señalando la que hay al otro lado de la calzada.

Exhalo una lenta bocanada de humo azul y niego con la cabeza.

—No, nada. He visto un par de titulares sobre los Patriotas, pero es como si hubierais desaparecido del mapa. ¿Dónde estáis? ¿Adónde os dirigís?

—¿Me echas de menos? —pregunta Tess en vez de contestarme.

Me quedo mirando su imagen traslúcida. Es tal y como la recuerdo de nuestra época en las calles: pelo castaño rojizo recogido en una trenza deshecha, ojos enormes y tiernos... La pequeña Tess. ¿Cuáles fueron las últimas palabras que le dije después de que frustráramos el asesinato de Anden? *Por favor, Tess... No puedo dejarte aquí.* Pero eso fue exactamente lo que hice.

Aparto la vista y doy otra calada. ¿La echo de menos?

—Todos los días —me respondo.

—Llevas tiempo tratando de encontrarme —observa Tess acercándose a mí, y juraría que noto la presión de su hombro con-

tra el mío—. Te he visto examinar las noticias en las pantallas y buscar rumores en las calles. Pero los Patriotas ya no estamos en activo.

Claro que no lo están. ¿Por qué iban a atacar, ahora que Anden está en el poder y el tratado de paz entre la República y las Colonias es un hecho? ¿Cuál podría ser su nueva causa para luchar? No tengo ni idea. Tal vez no tengan ninguna. Tal vez ya ni siquiera existan.

—Me gustaría que volvieras —murmuro—. Me encantaría volver a verte.

—¿Y qué pasa con June?

En cuanto me hace esa pregunta, su imagen se desvanece y June aparece en su lugar. Observo de reojo su larga coleta, sus ojos oscuros con matices dorados que analizan contantemente el entorno.

Apoyo la cabeza en las rodillas y cierro los ojos. Incluso la alucinación de June me provoca un dolor punzante que me atraviesa el pecho. La echo tanto de menos...

Recuerdo cómo me despedí de ella en Denver, antes de que Eden y yo nos mudáramos a San Francisco. *Estoy seguro de que volveremos*, le dije la última vez que hablamos, intentando romper el incómodo silencio. *Después de que termine el tratamiento de Eden*. Mentí, por supuesto: si íbamos a San Francisco era para que yo siguiera un tratamiento, no Eden. Pero June no lo sabía, así que se limitó a responder: *Vuelve pronto*.

Eso sucedió hace casi ocho meses. No he sabido nada de ella desde entonces. No sé si es porque a los dos nos da miedo molestar, si es que tememos ser rechazados o si simplemente somos demasiado orgullosos para demostrar lo desesperados

que estamos. Tal vez ella ya no esté interesada. Así son estas cosas: primero pasa una semana sin contacto, luego un mes, y de pronto ya es demasiado tarde para recuperar lo que hubo una vez. Así que no la llamo. Además, ¿qué voy a decirle? «No te preocupes, June: los médicos están luchando para salvarme la vida». «No te preocupes: están intentando reducir la inflamación de mi cerebro con un montón de medicamentos antes de operarme». «No te preocupes: puede que la Antártida acceda a tratarme en sus hospitales especializados, que son mucho mejores que los nuestros». «No te preocupes: no va a pasarme nada».

¿Qué sentido tiene mantener el contacto con la chica de la que estás locamente enamorado, cuando te estás muriendo?

El recuerdo hace que sienta un latigazo de dolor en la nuca. *Es mejor así*, me repito a mí mismo por centésima vez. Y lo es. La distancia hace que cada vez me acuerde menos del papel que jugó en la destrucción de mi familia.

La alucinación de June, a diferencia de la de Tess, nunca dice una palabra. Intento ignorar el espejismo, pero no se marcha. *Siempre igual de testaruda*.

Finalmente me levanto, lanzo la colilla al pavimento y cruzo la puerta del Salón Obsidiana. Tal vez la música y las luces me ayuden a disipar su recuerdo.

Por un instante no veo nada. La discoteca está oscura como la boca del lobo y el sonido es ensordecedor. Me detienen de inmediato dos soldados enormes y uno me pone la mano en el hombro.

—¿Nombre y fuerza armada? —pregunta.

No tengo ningún interés por desvelar mi verdadera identidad.

–Cabo Schuster. Fuerzas aéreas –respondo sin pensar; el nombre lo he elegido al azar, y la rama del ejército me ha venido a la cabeza por Kaede–. Estoy destinado en la Base Dos.

El guardia asiente.

–Los de las fuerzas aéreas están al fondo a la izquierda, cerca de los baños. Si me entero de que buscas camorra con la gente de los reservados, te pongo en la calle y tu comandante se enterará del asunto por la mañana. ¿Lo pillas?

Asiento y me dejan pasar. Avanzo por un pasillo oscuro y subo a la segunda planta. Me fundo entre la multitud, bajo las luces parpadeantes.

La pista de baile está a rebosar. Encuentro los reservados de las fuerzas aéreas al fondo de la sala. Genial: hay unos cuantos vacíos. Me meto en uno, planto las botas sobre los cojines de los asientos y echo la cabeza hacia atrás. Al menos la imagen de June ha desaparecido. La música atronadora hace que mis pensamientos divaguen.

Al cabo de unos minutos, una chica se abre paso por la pista de baile y se acerca a mí. Está ruborizada, y en sus ojos brillantes hay una mirada llena de coquetería. Echo un vistazo a su espalda y veo un coro de chicas que nos miran y se ríen. Esbozo una sonrisa forzada. Por lo general no me disgusta llamar la atención en las discotecas, pero a veces lo único que me apetece es cerrar los ojos y dejarme llevar por el caos.

Se inclina sobre mí y presiona mi oreja con los labios.

–Perdona –dice–. Mis amigas quieren saber si eres Day.

¿Ya me han reconocido? Me encojo de forma instintiva y niego con la cabeza para que las demás lo vean.

–Te equivocas de persona –replico con una mueca irónica–. Pero te agradezco el cumplido.

El rostro de la chica está casi oculto por las sombras, pero juraría que la veo ruborizarse. Sus amigas estallan en carcajadas: ninguna parece haberse creído mi negativa.

–¿Quieres bailar? –me pregunta la chica, echando un vistazo por encima de su hombro a las luces azules y doradas antes de volver la vista hacia mí.

Ha debido de hacer una apuesta con sus amigas.

Mientras busco la forma de rehusar con educación, me fijo en su aspecto. La discoteca está demasiado oscura para verla bien: no distingo más que destellos de luces contra su piel. Va peinada con una larga cola de caballo, y sus labios brillantes están curvados en una sonrisa. Su cuerpo, delgado y delicado, se adivina bajo un vestido corto que complementa con botas militares. La excusa se apaga en mis labios. Hay algo en ella que me recuerda a June. En los ocho meses que han pasado desde que June se convirtió en candidata a Príncipe, no me he sentido atraído por ninguna chica; pero ahora, ante esta doble suya oculta entre las sombras, me permito un atisbo de esperanza.

–¿Por qué no? –respondo.

La chica me dirige una amplia sonrisa. Cuando me levanto del reservado y la agarro de la mano, sus amigas ahogan una exclamación de sorpresa y luego estallan en una ovación. Las sobrepasamos, y antes de que me dé cuenta nos hemos abierto camino entre la multitud y encontramos un hueco en medio de la pista.

La estrecho contra mí. Ella me pasa una mano por el cuello y dejamos que el ritmo nos arrastre. Es guapa, tengo que admitirlo,

aunque esté cegado por la avalancha de luces y cuerpos. Suena otra canción y después otra. No tengo ni idea de cuánto tiempo llevamos sumergidos en la música, pero de pronto ella se inclina hacia delante y sus labios rozan los míos. Cierro los ojos y me dejo llevar; incluso siento un escalofrío que me recorre la espina dorsal. Me besa dos veces. Su boca es suave y húmeda, su lengua sabe a vodka y a fruta. Aprieto la mano contra su espalda y la pego más a mi cuerpo. Ella me besa con más ansiedad. *Es June*, me digo, y decido abandonarme a la fantasía. Con los ojos cerrados y la mente nebulosa por el cigarro, soy capaz de creérmelo por un instante. La imagino besándome, bebiéndose hasta el último aliento de mi boca. La chica debe darse cuenta del cambio, de mi hambre repentina y mi deseo, porque sonrío contra mis labios. *Es June*. Es el pelo negro de June el que me roza el rostro, son las largas pestañas de June las que acarician mis mejillas, es el brazo de June el que me rodea el cuello, es el cuerpo de June el que se desliza contra el mío. Se me escapa un gemido.

—Venga —musita con tono juguetón—. Vamos a dar una vuelta.

¿Cuánto tiempo ha pasado? No quiero irme de aquí: eso significa que tendré que abrir los ojos y June desaparecerá, reemplazada por esta chica que no conozco de nada. Pero me tira de la mano y me veo obligado a mirar a mi alrededor. June no está conmigo, evidentemente. Las luces de la discoteca parpadean y me ciegan por un instante. La chica me conduce entre la gente que baila y me lleva por un pasillo hasta llegar a una puerta que da a un callejón silencioso y apenas iluminado. Me empuja contra el muro y me corta el aliento con otro beso. Tiene la piel húmeda, y noto que se le pone la carne de gallina bajo mis dedos. Le devuelvo el beso y se le escapa una risita sorprendida cuando me giro y la empujo contra la pared.



Es June, me repito una vez más. Mis labios recorren su cuello con ansiedad, saboreando el aroma a humo y el perfume de su piel.

De pronto, mi auricular cobra vida con un chisporroteo a medio camino entre el ruido de la lluvia y el de una freidora. Intento ignorar la llamada, pero la voz de un hombre retumba en mi oído. Hay que ser aguafiestas.

–Señor Wing –dice.

No contesto. *Déjame en paz. Estoy ocupado.*

Unos segundos después, vuelvo a oír la voz.

–Señor Wing, al habla el capitán David Guzmán, de la patrulla catorce de Denver. Sé que está ahí.

Ay, pobre tipo. Siempre le toca ponerse en contacto conmigo.

Suspiro y me separo de la chica.

–Perdona –jadeo con una mueca de disculpa. Me señalo la oreja–. ¿Te importa esperar un minuto?

Ella sonrío y se alisa el vestido.

–Te espero dentro –responde–. Ven a buscarme –se da media vuelta y regresa a la discoteca.

Enciendo el micrófono y empiezo a pasear por el callejón.

–¿Qué quiere? –contesto con hosquedad.

El capitán suspira y me entrega el mensaje.

–Señor Wing, las autoridades requieren su presencia mañana, Día de la Independencia, en el salón de baile de la torre del Capitolio de Denver. Puede rechazar la oferta..., como tiene por costumbre –agrega por lo bajo–. Sin embargo, debo decirle que se trata de una ocasión excepcional y de gran importancia.

Si decide acudir, pondremos un jet privado a su disposición por la mañana.

*¿Una ocasión excepcional y de gran importancia?* Cuántas palabras pomposas en una sola frase. Pongo los ojos en blanco. Más o menos una vez al mes me llega una invitación para acudir a algún evento en la capital: un baile para los generales de alto rango, la fiesta con la que se celebró la abolición de la Prueba... Pero el único motivo por el que quieren que vaya es para exhibirme ante la gente: «¡Mirad! ¡Por si se os había olvidado, os recordamos que Day está de nuestro lado!». *No tientes al destino, Anden.*

–Señor Wing –insiste el capitán ante mi silencio–. El glorioso Elector en persona requiere su presencia. También la candidata a Príncipeps.

La candidata a Príncipeps.

Mis botas crujen cuando me paro en seco en mitad del callejón. Se me olvida hasta respirar.

*No te emociones: al fin y al cabo, hay tres candidatos a Príncipeps.* Tardo unos segundos en contestar.

–¿Qué candidata a Príncipeps? –pregunto.

–La única que le importa.

Las mejillas se me encienden ante su tono burlón.

–¿June?

–Efectivamente: June Iparis –responde el capitán con alivio al haber conseguido al fin captar mi atención–. Me pidió que le transmitiera este mensaje a título personal: le gustaría mucho verle en el banquete de la torre del Capitolio.

Una punzada me atraviesa las sienes, y lucho por controlar mi respiración. Todo lo que había pensado sobre la chica de la discoteca queda descartado en el acto. June no ha reclamado mi presencia en ocho meses: es la primera vez que me pide que acuda a un evento público.

—¿De qué se trata? —pregunto—. ¿Es solo una fiesta para celebrar el Día de la Independencia? No, ¿verdad? ¿Por qué es tan importante?

El capitán titubea.

—Es un asunto de seguridad nacional.

—¿Y eso qué significa? —mi entusiasmo inicial se diluye: puede que esto no sea nada más que un farol—. Mire, capitán: ahora mismo tengo un asunto pendiente. Intente convencerme mañana a primera hora.

Él maldice entre dientes.

—Muy bien, señor Wing. Haga lo que quiera —dice entre dientes, y luego masculla algo que no entiendo.

La comunicación se corta con un chasquido. Frunzo el ceño, exasperado, notando el peso repentino de la decepción. Tal vez sea mejor que emprenda el camino de vuelta; hace horas que no compruebo cómo se encuentra Eden. En todo caso, lo más probable es que el capitán me haya mentado con lo de June. Si June quiere de verdad que vaya a la capital, ella misma me...

—¿Day?

Me quedo helado ante la nueva voz que suena en el auricular. ¿Sigo aún bajo los efectos del alucinógeno? ¿Me he imaginado su voz? Aunque no hablamos desde hace casi un año, la reconocería en cualquier parte; solo oírla es suficiente para imagi-

narla delante de mí, como si me hubiera topado con ella por casualidad en el callejón. *Por favor, que no sea ella. Por favor, que sea ella.*

¿Su voz siempre me ha producido este efecto?

No tengo ni idea de cuánto tiempo me quedo paralizado. Pero debe de ser un rato, porque repite:

–Day, soy yo, June. ¿Estás ahí?

Me atraviesa un escalofrío.

Es ella. Es ella de verdad.

Su tono suena distinto a como lo recuerdo. Es vacilante y formal, como si hablara con un desconocido. Finalmente consigo tranquilizarme y enciendo mi micrófono.

–Estoy aquí.

También mi tono es distinto, igual de vacilante que el de ella. Igual de formal. Confío en que no note el ligero temblor de mi voz.

–Hola –dice.

Se hace un largo silencio.

–¿Qué tal estás? –insiste June.

De pronto me asalta una avalancha de pensamientos que amenaza con derramarse. Quiero soltarlo todo: *He pensado en ti todos los días desde aquel último adiós. Siento no haberme puesto en contacto contigo. Ojalá me hubieras llamado. Te echo de menos. Te echo tanto de menos...*

Pero no digo nada de eso. Lo único que me sale es:

–Bien. ¿Qué pasa?

Hace una pausa.

–Yo... Me alegro de que estés bien. Disculpa que te haya llamado tan tarde; seguro que estarías intentando dormir. Pero el Senado y el Elector me han pedido que te haga esta solicitud personalmente. No te molestaría si no fuera importante. Se va a celebrar un banquete en Denver, y durante el evento habrá una reunión de emergencia. Necesitamos que acudas.

–¿Por qué? –replico.

He decidido recurrir a las respuestas cortas; por algún motivo, soy incapaz de pensar mientras oigo la voz de June.

Ella deja escapar el aliento. Antes de que siga hablando, suena una leve interferencia.

–Supongo que has oído hablar del tratado de paz que están negociando la República y las Colonias, ¿verdad?

–Sí, claro.

Todo el país lo sabe: la mayor ambición de nuestro queridísimo Anden es terminar con una guerra que ha durado quién sabe cuánto tiempo. Y hasta el momento las cosas parecen marchar viento en popa, porque en el frente reina la calma desde hace cuatro meses. Quién hubiera imaginado que llegaría un día como este... O que veríamos los estadios de la Prueba vacíos y cerrados en todo el país.

–Parece que el Elector avanza a toda marcha en su plan de convertirse en el héroe de la República, ¿no crees? –digo con ironía.

–No lances las campanas al vuelo –murmura June, y me imagino su expresión sombría–. Ayer recibimos un mensaje muy alarmante de las Colonias. La peste se está extendiendo por las ciudades del frente, y nos acusan de haberlos bombardeado

con armas biológicas. Incluso han rastreado los números de serie de las carcasas de las bombas que piensan que han dado origen a la peste.

Me quedo perplejo, incapaz de pensar. Recuerdo a Eden enfermo, sus ojos negros por el derrame de sangre; al niño del tren que estaba siendo utilizado como arma biológica en la guerra.

—¿Eso significa que van a abandonar las negociaciones de paz? —pregunto.

—Sí —murmura June—. Las Colonias afirman que la epidemia de peste es un acto de guerra, un ataque en toda regla.

—¿Y qué tiene que ver todo eso conmigo?

Otra pausa larga y siniestra. El calor escapa de mi cuerpo; estoy tan helado que se me entumescen los dedos. *La peste. Está sucediendo. Es como si se cerrara un círculo.*

—Te lo contaré cuando estés aquí —concluye June—. Es mejor no hablar de esto a través de un intercomunicador.

# JUNE

Me avergüenzo de haber tenido esta conversación con Day después de ocho meses de silencio. Odio lo que he dicho. ¿Cuándo me he vuelto tan manipuladora? ¿Por qué utilizo siempre sus debilidades en su contra?

Anoche, a las 23:06, Anden vino a mi apartamento y llamó a la puerta. Estaba solo. Creo que ni siquiera había guardias apostados en el descansillo para protegerle. Fue el primer aviso de que lo que tenía que decirme era importante... y secreto.

–Tengo que pedirte un favor –me dijo nada más entrar.

Aunque Anden ha perfeccionado su papel de Elector (aspecto tranquilo, sereno, frío; la barbilla en alto cuando tiene problemas, la voz monocorde cuando está enfadado), noté la preocupación que anidaba en sus ojos. Incluso mi perro Ollie

se dio cuenta de que estaba angustiado e intentó calmarlo empujándole la mano con el hocico. Aparté a Ollie y me giré hacia Anden.

–Dime –respondí.

Él se pasó la mano por los rizos oscuros.

–Me disgusta molestarte a estas horas de la noche –comenzó inclinándose hacia mí–. Pero me temo que esta conversación no podía esperar.

Su cara estaba tan cerca de la mía que habría podido inclinar la cabeza y rozar su boca con mis labios. Se me aceleró el corazón al pensarlo.

Anden pareció darse cuenta de mi tensión, porque dio un paso atrás e hizo un gesto de disculpa. Sentí una mezcla de alivio y decepción.

–Se ha roto el armisticio –musitó–. Las Colonias han iniciado los preparativos para reemprender las hostilidades.

–¿Qué? –respondí en un jadeo–. ¿Por qué? ¿Qué ha pasado?

–Según mi estado mayor, hace un par de semanas un virus letal empezó a extenderse como un incendio por las ciudades fronterizas de las Colonias.

Asintió con la cabeza al detectar la comprensión en mis ojos. Parecía muy cansado, agobiado por el peso de la seguridad de toda la nación.

–Al parecer, retiré las armas biológicas demasiado tarde –añadió.

Eden...

Aquello tenía que ser una consecuencia de los virus experimentales que el padre de Anden había desatado sobre las Colonias.



Llevaba meses intentando olvidarlo, apartarlo de mi mente. Al fin y al cabo, Eden estaba con Day y a salvo; lo último que había sabido de él era que se estaba adaptando a la vida normal. Durante los últimos meses, el frente había estado tranquilo mientras Anden negociaba la paz con las Colonias. Yo había querido convencerme de que tendríamos suerte, de que la guerra biológica no habría causado ningún daño de importancia. Siempre tan optimista...

—¿Lo saben los senadores? —pregunté—. ¿Y los otros candidatos a Príncipe? ¿Por qué me lo cuentas a mí? No soy ni de lejos tu consejera más cercana.

Anden suspiró y se apretó el puente de la nariz.

—Perdona; ojalá no tuviera que involucrarte en esto. Las Colonias creen que tenemos la vacuna para el virus en nuestros laboratorios, y que lo negamos porque no queremos dársela. Si no se la entregamos, amenazan con una invasión a gran escala de la República. Y ni siquiera regresaremos al estado de cosas anterior, porque las Colonias han encontrado un nuevo aliado. Han firmado un acuerdo con África: las Colonias reciben ayuda militar y, a cambio, África se quedará con la mitad de nuestro territorio cuando nos conquisten.

Me invadió una oleada de aprensión.

—No existe ninguna vacuna, ¿verdad?

—No. Pero sabemos que pacientes pueden ayudarnos a encontrarla.

Se acercó para tocarme el brazo y yo retrocedí.

—Me niego —dije sacudiendo la cabeza—. No me puedes pedir que haga esto. No pienso hacerlo.

Anden suspiró.

—He convocado un banquete privado para mañana por la noche. Nos reuniremos con todos los senadores. Si queremos poner fin a esto y encontrar la forma de asegurar la paz con las Colonias, no tenemos alternativa; lo sabes tan bien como yo —dijo en tono firme—. Quiero que Day asista al banquete y escuche lo que tenemos que decir. Necesitamos que nos dé permiso para analizar a Eden.

*Habla en serio, pensé perpleja.*

—Nunca accederá. Lo sabes, ¿verdad? Todavía no cuentas con el apoyo firme del pueblo, y Day mantiene su alianza contigo casi a regañadientes. ¿Qué crees que dirá si le planteas esto? ¿Y si se enfurece tanto como para pedir a la gente que se rebelen contra ti? O peor aún... ¿Y si les pide que apoyen a las Colonias?

—Lo sé. Ya he pensado en todo eso —Anden se frotó las sienes, exhausto—. Si hubiera una opción mejor, me decantaría por ella.

—Así que quieres que yo le persuada —añadí, demasiado furiosa para ser sutil—. No pienso hacerlo. Convéncele tú o pide que lo hagan los demás senadores. O mejor, encuentra la forma de disculparte con el canciller de las Colonias. ¿Por qué no le ofreces modificar los términos de la negociación?

—Tú eres la debilidad de Day, June. A ti te escuchará —murmuró Anden con una mueca de dolor, como si le costara admitirlo—. Me disgusta decir esto, pero... No quiero ser cruel, ni me gustaría que Day nos viera una vez más como a enemigos. Pero haré lo que sea necesario para proteger al pueblo de la República. Si no, las Colonias nos atacarán; y si eso sucede, es muy probable que el virus se extienda también aquí.

Las consecuencias podían ser aún más trágicas, aunque Anden no lo dijera en voz alta. Si las Colonias nos atacaban con el apoyo de África, nuestro ejército no sería lo bastante fuerte para contenerlos. En esta ocasión, podrían vencernos al fin.

A ti te escucharé. Cerré los ojos e incliné la cabeza. No quería admitirlo, pero sabía que Anden tenía razón.

Así que hice lo que me pidió. Llamé a Day y le pedí que regresara a la capital. La simple idea de volver a verle hacía que el corazón se me desbocara, dolorido por su ausencia durante los últimos meses. No le había visto ni había hablado con él desde hacía meses... ¿Y así íbamos a reencontrarnos? ¿Qué pensaría de mí?

¿Qué pensaría de la República cuando supiera lo que necesitaba de su hermano pequeño?

**12:01**

**Juzgado Federal del Condado de Denver**

**Temperatura interior: 11 °C**

**Seis horas antes de reencontrarme con Day**

**Doscientos ochenta y nueve días y doce horas**

**desde la muerte de Metias**

Hoy juzgan a Thomas y a la comandante Jameson. Estoy hastiada de estos juicios: en los últimos cuatro meses, una docena de senadores han sido condenados por participar en el atentado contra Anden que frustramos Day y yo. Todos ellos han sido ejecutados. Razor también. A veces tengo la sensación de que cada semana hay un nuevo juicio.

Pero el de hoy es distinto. Sé exactamente a quién juzgarán hoy y por qué motivo.

Estoy sentada en un palco con vistas a la sala circular. No dejo de retorcerme las manos, enfundadas en unos guantes de seda blanca; mi chaleco y mi abrigo negros se arrugan porque no dejo de moverme. Mis botas tamborilean sin cesar contra las columnas del palco. Debería estar cómoda en esta silla de imitación de roble, tapizada con suave terciopelo escarlata, pero soy incapaz.

Para mantenerme ocupada y tranquilizarme, retuerzo cuatro clips en mi regazo hasta formar un anillo fino. Detrás de mí hay dos guardias en posición de firmes, y tras ellos, tres hileras de personas uniformadas de rojo y negro se sientan en semicírculo: son los veintiséis senadores del país. Sus charreteras de plata relucen a la luz de la sala. No paran de hablar; sus voces hacen eco en los techos abovedados, tan despreocupadas como si discutieran de rutas comerciales en lugar de sobre el destino de su pueblo. Entre ellos hay varias caras nuevas que reemplazan a los senadores ejecutados.

Mi traje negro y dorado desentona con lo que me rodea (incluso los setenta y seis soldados que montan guardia visten de escarlata: dos para cada senador, dos para mí, dos para cada uno de los demás candidatos a Príncipeps, cuatro para Anden y catorce distribuidos por el centro de la sala y las salidas traseras. Está claro que los acusados, Thomas y la comandante Jameson, son considerados criminales muy peligrosos).

Yo no soy senadora, obviamente. Soy una de las candidatas a Príncipeps y tengo que ser reconocida como tal.

Los otros dos candidatos, también presentes, llevan el mismo uniforme negro y dorado que visto yo. Mi mirada vaga hacia ellos; están sentados en sendos palcos. Después de que Anden me designara como aspirante a Príncipeps, el Senado le presionó

para que escogiera a otros. No aprobaban que una sola persona optara al puesto de líder del Senado, especialmente cuando esa persona solamente tenía dieciséis años y carecía de experiencia política.

Así que Anden aceptó y escogió a otros dos, ambos senadores. Una se llama Mariana Dupree. Observo su expresión altiva y sus ojos severos. Treinta y siete años de edad, senadora desde hace diez. Creo que siempre me ha odiado.

Aparto la vista y la deslizo hasta el palco donde se encuentra el otro candidato: Serge Carmichael, un senador de carácter nervioso con treinta y dos años de edad. Político curtido, no dudó en demostrarme desde el primer día que no apreciaba especialmente mi juventud e inexperiencia.

Serge y Mariana. Mis rivales para el título de Príncipe. Me agota solo pensarlo.

En otro palco, a bastante distancia y flanqueado por sus guardias, Anden comenta algo con uno de sus escoltas, aparentemente tranquilo. Lleva una elegante guerrera gris con botones brillantes, charreteras e insignias plateadas en las mangas. De vez en cuando baja la vista hacia los prisioneros que aguardan de pie en el centro de la sala. Lo observo por un instante y admiro su aspecto calmado.

Thomas y la comandante Jameson van a ser juzgados y sentenciados por crímenes contra la nación.

Thomas parece todavía más pulcro de lo normal, si es que eso fuera posible. Se ha peinado hacia atrás, sin un solo cabello fuera de su sitio, y debe de haber vaciado un frasco de betún en cada una de sus botas. Aguanta en posición de firmes, mirando al frente con una intensidad que enorgullecería a cualquier supe-

rior jerárquico. Me pregunto qué le pasará por la cabeza. ¿Estará recordando la noche en que asesinó a mi hermano en el callejón del hospital? ¿Las muchas conversaciones que mantuvo con Metias, los momentos en que bajó la guardia? ¿O la noche fatídica en que decidió traicionarlo en vez de ayudarlo?

La comandante Jameson, por contra, tiene un aspecto ligeramente descuidado. Sus ojos están clavados en mí: lleva doce minutos observándome sin pestañear. Busco su mirada un instante, esperando encontrar algún indicio de emoción. Pero solo hay un odio gélido, una falta absoluta de remordimientos y de conciencia.

Aparto la vista, respiro hondo e intento centrarme en otra cosa. No puedo evitar pensar en Day.

Han pasado doscientos cuarenta y un días desde que vino a mi apartamento y se despidió de mí. A veces desearía que me estrechara de nuevo entre sus brazos y me besara como lo hizo aquella noche, cuando se me cortó la respiración al sentir la dulce presión de sus labios contra los míos. Pero desecho de inmediato la idea: es inútil pensar en eso. Solo me permito un sentimiento de pérdida, semejante al que me invade al mirar a la gente que acabó con mi familia. Y de culpabilidad por lo que yo misma le he arrebatado a Day.

En cualquier caso, dudo que quiera volver a besarme cuando descubra el motivo por el que le he pedido que regrese a Denver.

Anden me mira. Cuando nuestros ojos se encuentran, asiente con la cabeza, sale de su palco e instantes después aparece en el mío. Me levanto y me cuadro al tiempo que lo hacen mis guardias.

Él agita una mano con impaciencia.

–Siéntate, por favor –dice, y cuando estoy de nuevo en la silla, se inclina para mirarme a los ojos–. ¿Cómo estás, June?

Lucho para contener el rubor que se extiende por mis mejillas. Después de ocho meses en los que Day no ha formado parte de mi vida, noto que sonrío a Anden, que disfruto de sus atenciones, que incluso a veces las deseo.

–Bien, gracias. Llevaba mucho tiempo esperando este día.

–Por supuesto –asiente–. No te preocupes; dentro de poco, esos dos criminales saldrán para siempre de tu vida.

Me da un apretón en el hombro para darme ánimos y se marcha tan rápidamente como vino, con un tintineo de insignias y charreteras. Al cabo de unos instantes lo vuelvo a ver en su palco.

Levanto la barbilla en un intento de mostrarme fuerte, consciente de que los ojos gélidos de Jameson continúan clavados en mí. Mientras los senadores se levantan por turno para emitir su veredicto, contengo la respiración e intento no pensar en los ojos penetrantes de la comandante, apartarlos de mi mente y encerrarlos en un rincón oscuro. La votación me parece eterna, aunque los senadores emiten rápidamente el voto que creen que complacerá al Elector. Nadie tiene el coraje de provocar su cólera, después de tantas condenas y ejecuciones. Cuando llega mi turno noto la garganta seca. Trago saliva un par de veces antes de conseguir hablar.

–Culpable –digo al fin en voz bien alta.

Serge y Mariana votan después de mí. Tras una nueva ronda para emitir el veredicto de Thomas, todo termina: unos minutos más tarde, un hombre (calvo, cara redonda y llena de arrugas, túnica escarlata cuyos faldones sujeta con la mano izquierda) se apresura hasta el balcón de Anden y le hace una reverencia

apresurada. Anden se inclina y el hombre le susurra algo al oído. Contemplo el intercambio en silencio, con curiosidad, intentando predecir el veredicto final a partir de sus gestos. Tras una corta deliberación, Anden y el hombre asienten. Entonces este último eleva la voz y se dirige a la asamblea.

—Estamos preparados para anunciar los veredictos del capitán Thomas Alexander Bryant y la comandante Natasha Jameson, de la patrulla ocho de Los Ángeles. ¡En pie ante nuestro glorioso Elector!

Los senadores y yo nos levantamos como una sola persona, mientras la comandante Jameson se gira hacia Anden con una mirada de desprecio absoluto. Thomas, por su parte, se cuadra ante el Elector y vuelve a adoptar la posición de firmes.

Anden se incorpora, se endereza y cruza las manos detrás de la espalda. Hay un instante de silencio: todos esperamos que emita su veredicto, el voto que de verdad importa. Reprimo las ganas de toser. Mis ojos se vuelven por instinto hacia los otros candidatos a Prínceps: es algo que hago continuamente. En el rostro de Mariana hay una mueca satisfecha; Serge parece simplemente aburrido. Aprieto el anillo de clips que he estado retorciendo. Sé que dejará un surco profundo en mi palma.

—Los senadores de la República ya han emitido sus veredictos individuales —anuncia Anden a la sala del tribunal, dotando a sus palabras de toda la formalidad y la retórica tradicionales; no sé cómo consigue que su voz suene a la vez tan suave y tan contundente—. Teniendo en cuenta lo que han expresado, debo emitir el mío.

Se interrumpe y vuelve la vista hacia los acusados. Thomas continúa en posición de saludo, con los ojos clavados en el vacío.



–Capitán Thomas Alexander Bryant, de la patrulla ocho de Los Ángeles –prosigue Anden–. La República de América lo encuentra culpable...

La sala permanece en silencio. Lucho por controlar la respiración.

*Piensa en algo. Cualquier cosa.* Los libros de política que he leído esta semana, por ejemplo. Intento recitar mentalmente algunas de las cosas que he aprendido, pero de pronto no recuerdo ninguna. Muy poco habitual en mí.

–... de la muerte del capitán Metias Iparis la noche del trece de noviembre; de la muerte de la civil Grace Wing sin las prerrogativas necesarias para llevar a cabo una ejecución; de la ejecución de doce manifestantes delante de la intendencia de Batalla la tarde de...

Su voz se abre paso a duras penas por el zumbido que me colma la cabeza.

Apoyo una mano en el reposabrazos y dejo escapar el aire, concentrándome para evitar que me fallen las piernas. *Culpable.* Han encontrado a Thomas culpable de haber matado a mi hermano y a la madre de Day. Me tiemblan las manos.

–... será fusilado dentro de dos días, a las 17:00 horas. Comandante Natasha Jameson, de la patrulla ocho de Los Ángeles: la República de América la declara culpable...

La voz de Anden se diluye en un murmullo sordo. Es como si lo que me rodea se moviera a cámara lenta, como si me moviera tan rápido que dejara atrás el mundo entero. Cierro los párpados.

Hace un año estuve en un juicio muy diferente, contemplando a una multitud mientras juzgaban a Day y le imponían la

misma pena. Hoy, Day está vivo y es un héroe de la República. Vuelvo a abrir los ojos y veo los labios de la comandante Jameson, apretados en una línea tensa mientras Anden la condena a muerte. Observo a Thomas: su expresión es vacía, al menos a primera vista. Y sin embargo, si me fijo bien, puedo ver sus cejas fruncidas en una especie de gesto trágico. *Debería alegrarme*, me recuerdo a mí misma. Los dos –Day y yo– deberíamos celebrarlo. Thomas asesinó a Metias y mató a sangre fría a la madre de Day.

A pesar de mis esfuerzos, la sala desaparece ante mis ojos. Lo único que me viene a la mente son recuerdos de un Thomas adolescente. La vez que Metias, él y yo fuimos a comer *edamame* con cerdo en una cafetería templada, a resguardo de la lluvia; la ocasión en que Thomas me mostró la primera pistola que le asignaron... Incluso recuerdo el día que Metias me llevó a ver sus maniobras de la tarde. Yo tenía doce años y había empezado a estudiar en Drake hacía una semana. Qué sencillo me parecía todo entonces... Mi hermano me recogió a la salida de clase y fuimos al sector Tanagashi, donde estaba su patrulla de maniobras. Vuelvo a sentir el calor del sol en mi pelo, veo el movimiento de la capa corta de Metias y el brillo de sus charreteras, oigo el fuerte taconeo de sus botas relucientes contra el cemento... Mientras yo me quedaba sentada en un banco de la esquina y abría mi ordenador para hacer como que leía, Metias alineó a sus soldados para pasar inspección y se fue parando delante de cada uno para señalar los defectos en su uniforme.

–Cadete Rin –le dijo a uno de los más novatos.

El soldado se sobresaltó ante la voz acerada de mi hermano, y después bajó la cabeza en actitud avergonzada mientras Metias señalaba la única medalla que llevaba en la guerrera.

–Si yo llevara una medalla así de torcida –le reprendió mi hermano–, la comandante Jameson me despojaría de todos los honores. ¿Quiere que le expulsen de la patrulla, cadete?

–N... no, señor –tartamudeó el chico.

Metias avanzó, con las manos enguantadas a la espalda, y criticó a tres soldados más antes de llegar a Thomas, que estaba en posición de firmes casi al final de la línea. Mi hermano contempló su uniforme con mirada atenta y escrutadora. Por supuesto, Thomas estaba impecable: ni un solo hilo suelto, medallas y charreteras relucientes, botas tan brillantes que podían servir de espejos.

Metias hizo una larga pausa. Yo bajé mi ordenador y me incliné hacia delante para contemplar la escena. Al cabo de un instante, mi hermano asintió con la cabeza.

–Bien hecho, cadete –dijo–. Si continúa así, estoy seguro de que la comandante Jameson lo ascenderá antes de que termine el año.

La expresión de Thomas se mantuvo imperturbable, pero vi cómo alzaba la barbilla con orgullo.

–Gracias, señor –respondió.

Los ojos de Metias continuaron fijos en él un segundo más, y luego siguió avanzando. Cuando terminó la inspección, se giró para enfrentarse a la patrulla entera.

–Una inspección decepcionante, cadetes –sentenció–. Ahora están bajo mi mando; eso significa que se encuentran a las órdenes de la comandante Jameson, que espera mucho más de ustedes. Deberán esforzarse más. ¿Entendido?

–¡Sí, señor! –respondieron todos cuadrándose con energía.

Metias volvió a mirar a Thomas y descubrí en sus ojos respeto, incluso admiración.

–Si prestaran atención a la forma en que se conduce el cadete Bryant, seríamos la mejor patrulla de todo el país. Espero que les sirva de ejemplo –se cuadró para unirse a ellos en un saludo final–. ¡Larga vida a la República!

Los cadetes corearon la consigna al unísono.

El recuerdo se desvanece lentamente y la voz clara de Metias se convierte en un susurro fantasmal que me deja débil, agotada, sumida en la tristeza.

Metias siempre hablaba de la obsesión de Thomas por ser el soldado perfecto. Recuerdo la devoción ciega que profesaba hacia la comandante Jameson, la misma devoción ciega que ahora ofrece a su nuevo Elector. Me viene a la mente la imagen de Thomas sentado frente a mí en la sala de interrogatorios, la angustia que había en sus ojos cuando dijo que quería protegerme. ¿Qué le ha pasado a ese chico tímido y torpe nacido en un sector pobre de Los Ángeles, a ese niño que entrenaba con Metias todas las tardes? Se me empaña la visión y me froto los ojos con disimulo.

Podría compadecerme de él, pedirle a Anden que le perdonara la vida, que le mandara a la cárcel en vez de ejecutarlo, que le diera la oportunidad de redimirse. Pero me quedo inmóvil, con la boca cerrada, el gesto firme y el corazón petrificado. Metias habría sido más misericordioso que yo.

Pero yo no soy tan buena persona como lo era mi hermano.

–Queda dictada la sentencia del capitán Thomas Alexander Bryant y la comandante Natasha Jameson –concluye Anden,

y extiende una mano hacia Thomas—. Capitán, ¿tiene algo que decir ante el Senado?

Thomas no se inmuta. No distingo ni un atisbo de miedo, de remordimiento ni de ira en su rostro. Lo miro fijamente. Un segundo después, vuelve los ojos hacia Anden y hace una reverencia.

—Mi glorioso Elector —responde en voz alta y clara—. He deshonrado a la República; he disgustado y decepcionado a mis superiores. Acepto humildemente mi veredicto —se vuelve a incorporar y se cuadra—. ¡Larga vida a la República!

Mientras los senadores aplauden, los ojos de Thomas se encuentran por un instante con los míos. Agacho la cabeza. Vuelvo a subirla al cabo de un momento, pero él ya mira de nuevo al frente.

—Comandante —Anden se vuelve hacia la comandante Jameson, extiende la mano enguantada y alza el mentón en actitud majestuosa—. ¿Tiene algo que decirle al Senado?

Ella ni siquiera pestañea. Sus ojos son fríos y oscuros como la pizarra. Aguarda unos segundos y finalmente asiente.

—En efecto, Elector —responde en un tono áspero y burlón que contrasta con el de Thomas.

Los senadores y los soldados se remueven, inquietos, pero Anden levanta una mano para pedir silencio.

—Sí, tengo algo que decir —continúa la comandante Jameson—. Yo no fui la primera en desear tu muerte, Anden, y no seré la última. Aunque te llamen Elector, no eres más que un crío. No sabes ni quién eres —estrecha los ojos y sus labios esbozan una sonrisa tan inesperada como escalofriante—. Pero yo sí lo

sé. He vivido mucho más que tú. He desangrado a prisioneros que tenían el doble de años que tú, he matado a hombres el doble de fuertes que tú, he destrozado el ánimo y el cuerpo de reclusos que tenían el doble de valor que tú. Piensas que eres el salvador de la patria, ¿verdad? Pero yo sé muy bien lo que eres. Eres el digno hijo de tu padre: él fracasó y tú también lo harás –su sonrisa se ensancha, pero sus ojos se mantienen inexpresivos–. Este país arderá contigo a la cabeza, y mi fantasma se carcajeará de ti mientras bajas al infierno.

La expresión de Anden no varía un ápice. Sus ojos se mantienen claros, carentes de miedo, y en ese instante me siento tan atraída por él como un pájaro que anhelara lanzarse a cielo abierto.

–Doy por finalizada la sesión –concluye Anden con voz resonante–. Comandante, le sugiero que guarde sus amenazas para el pelotón de fusilamiento –cruza las manos a la espalda y hace un gesto con el mentón–. Retíradlos de mi vista.

No sé cómo es capaz de mostrarse impávido ante la comandante Jameson. Le envidio: al ver cómo los soldados se la llevan, lo único que yo experimento es un pavor helado y sin fondo. Sé que es absurdo, pero tengo la intuición de que no nos hemos librado de esa alimaña; de que seguirá vigilando todos nuestros pasos, esperando la ocasión propicia para acabar con nosotros.

# DAY

Aterrizamos en Denver horas antes del banquete en el que va a celebrarse la reunión de emergencia. La combinación de palabras me parece risible: ¿un banquete con una reunión de emergencia? Para mí, un banquete es una fiesta. No entiendo por qué tiene que celebrarse una reunión urgente en medio de un derroche de comida, por más que hoy sea el Día de la Independencia. ¿Así es como los senadores se enfrentan a las crisis? ¿Atiborrándose la panza?

Eden y yo nos instalamos en el apartamento que nos ha asignado el gobierno para pasar estos días. Mi hermano se queda dormido, agotado tras el vuelo temprano. Le dejo con Lucy a regañadientes; tengo que cumplir con los preparativos para asistir al banquete.

–Si viene alguien a verlo por el motivo que sea –le susurro a Lucy mientras Eden duerme–, llámame, por favor. Si alguien intenta...

Lucy, acostumbrada a mi paranoia, me hace callar con un aspaviento.

–Tranquilícese, señor Wing –replica dándome una palmadita en la mejilla–. Nadie visitará a Eden mientras usted no esté aquí. No se preocupe. Le llamaré al instante si sucede algo.

Asiento y contemplo a Eden como si pudiera desaparecer ante mis ojos.

–Gracias.

Por más que me aburra la perspectiva del evento, tengo que vestirme para la ocasión. Y para ayudarme a hacerlo, la República le ha pedido a la hija de un senador que me acompañe al distrito comercial del centro. Me está esperando en el andén del tren.

No hay forma de confundirse: tiene que ser ella. Está enfundada en un elegante uniforme. Sus ojos castaños claros contrastan con su piel morena, y su pelo rizado se recoge en un moño de trenza. Al reconocerme, me lanza una sonrisa que no logra ocultar su expresión escrutadora. Da la impresión de que ya estuviera criticando mi aspecto.

–Tú debes de ser Day –me saluda tendiéndome la mano–. Me llamo Faline Fedelma; el Elector me ha asignado la tarea de acompañarte –hace una pausa, examina mi ropa y enarca una ceja–. Tenemos mucho trabajo por delante.

Bajo la vista: pantalones con las perneras metidas en unas botas destrozadas, camisa arrugada y una vieja bufanda. Sería todo un lujo en las calles donde me crie.



—Me alegro de que te guste mi conjunto —contesto con ironía.

Faline suelta una carcajada y me agarra del brazo.

Mientras nos dirigimos a la calle donde se venden los uniformes de gala, me fijo en la multitud que nos rodea. Gente bien vestida, de clase alta. Pasan tres estudiantes riéndose: llevan uniformes inmaculados y botas relucientes. Doblamos una esquina y entramos en una tienda, pero antes de hacerlo me fijo en que hay soldados montando guardia por la calle. Muchos soldados.

—¿Siempre hay tantos militares en el centro? —le pregunto a Faline.

Ella se encoge de hombros mientras coloca un traje frente a mi pecho y me observa con expresión crítica. Pero hay algo más: veo inquietud en sus ojos.

—No —responde—. Normalmente no, pero estoy segura de que no hay nada de lo que preocuparse.

Lo dejo pasar, pero noto cómo crece mi nerviosismo. Las autoridades de Denver están reforzando las medidas de seguridad. June no me ha explicado por qué hace tanta falta que acuda a este banquete, pero tiene que ser muy importante para que se haya puesto en contacto conmigo después de varios meses sin dirigirnos la palabra. ¿Qué demonios querrá pedirme? ¿Qué necesita la República de mí ahora?

Si vamos a entrar en guerra otra vez, debería buscar la forma de sacar a Eden del país. Ahora somos libres para marcharnos, al fin y al cabo. No sé qué me retiene aquí.

Horas más tarde, cuando ya se ha puesto el sol y los fuegos artificiales en honor del Elector se alzan en distintos puntos

de la ciudad, un todoterreno me recoge en el apartamento para llevarme a Colburn. Me asomo con impaciencia a la ventanilla. Grupos de gente caminan de acá para allá. Todo el mundo parece haberse puesto de acuerdo para vestir de forma parecida: prendas rojas con detalles dorados e insignias estampadas por todas partes –en el dorso de los guantes, en las mangas de las guerreras...–. Me pregunto cuántos de los que veo estarán de acuerdo con las pintadas que tildan a Anden de salvador y cuántos opinarán que es un farsante. Decenas de patrullas recorren las calles mientras las pantallas muestran emblemas de la República, seguidos de escenas de las celebraciones en el interior de Colburn. En favor de Anden, he de admitir que la propaganda ha disminuido mucho últimamente. Pero todavía no se muestran noticias del exterior. Supongo que no se puede tener todo...

Frente a la escalinata de Colburn, la calle hierve de gente que celebra la fiesta; su alegría contrasta con los guardias serios e inmóviles. La muchedumbre lanza una ovación cuando salgo del vehículo, un estruendo que me estremece hasta la médula y me despierta un espasmo de dolor en la nuca. Saludo con una mano vacilante.

Faline me espera junto al coche para acompañarme al interior. Lleva puesto un vestido dorado, y en sus párpados brilla el polvo de oro. Intercambiamos una reverencia y la sigo.

–Tienes buen aspecto –dice–. Alguien se va a alegrar mucho de verte.

–Dudo que al Elector le entusiasme mi presencia tanto como crees.

Me dedica una sonrisa por encima del hombro.